ilustre escritora atestiguan vehemencia y apasionamiento hacia varias de su sexo, como se observa en el que se queja de que Atthis la haya abandonado para irse con Andrómeda (1), cosa que nunca debió excitar la atencion, por cuanto la poetisa se queja, sólo como maestra, de que una de sus discípulas la abandone para marcharse con una de sus rivales en la enseñanza. Además de esto, no deben perderse de vista las relaciones puramente espirituales que para la civilización y cultura existían entre las mujeres de Lesbos y el carácter general que se advierte en los versos de la poetisa que estudiamos. En Atenas los más renombrados filósofos tenían academias, á las que concurrían los jóvenes ávidos de saber para ilustrarse, y en otros puntos de Grecia, entre los eolios, mujeres ilustradas se dedicaban también á la enseñanza. Entre estas doctas hay que contar á Safo y otras muchas, cuyos nombres nos ha conservado la historia. La exaltación de la autora, unida á la mayor ternura propia del corazón de la mujer, pueden muy bien ser la causa de ciertas frases que se hallan en sus versos, y si aun con respecto á esto quedara alguna duda, sería bastante á desvanecerla observar que en casi todos los fragmentos se dirige á ellas como preceptora y les censura ú la falta de cultura (2) ó algún vicio ó defecto, ó se queja del abandono que sufre por alguna y cuya causa es concurrir la que fué su discípula á la clase de una rival (3), ó la censura por el mal genio ó carácter, animándola á manifestar tan buen humor como belleza (4); y si á esto se une que, no sólo por las razones expuestas, sinó también por el considerable número de sus amantes, se la ha censurado, creemos que no sería sutilidad sospechar que había el deliberado intento de hacerla blanco de injurias por vicios que, de ser ciertos, las hubiera tenido merecidas.

(1) Fr. XXXVII, ed. NEUE, p. 59, conservado por HEFESTIÓN, 42.
(2) Fr. XIX, ed. cit., conservado por STOBEO, *Florilegio*, IV, 12.
(3) Fr. XXXVII, ed. cit., p. 59, conservado por HEFESTIÓN, 42.
(4) Fr. XLII, ed. cit., conservado por STOBEO, *Florilegio*, IV, 12.

SAFO ANTE LA CRÍTICA MODERNA

Excepción hecha de que por testimonios que no han llegado hasta nosotros, ni se hallan consignados en ninguna parte, pueda probarse otra cosa, creemos que con lo ya dicho caen por su base las afirmaciones hechas con respecto al vicio, para cuya enunciación se tomó su nombre en años posteriores; quedarán refutadas también las que se han hecho suponiéndole amores, siempre ilegítimos y no pocas veces criminales. En todo ello, más que otra cosa, puede verse, si no mala fe, al menos deseo de sacar partido ridiculizando á los ojos de los demás lo que á otros mortificaba: para esto poco ó nada hay tan á propósito como las noticias ó referencias escandalosas relativas á una persona que ha llamado grandemente la atención de todos, con los felices partos de su ingenio. Conviene hacer notar que tal vez hubiera importado menos el que las aseveraciones á que nos referimos hubieran sido hechas por hombres de reconocida autoridad; entónces tal vez se hubieran contradicho unánimemente ó se hubieran opuesto para desvirtuarlas, méritos cuya existencia es de todo punto incontrovertible; esto no sucede desgraciadamente cuando el instrumento de desprestigio es la sátira, que todos ríen y celebran y que se trasmite de boca en boca, sin que sepamos en buen número de casos quién fué el in-

ventor ni qué causa pudo tener por fundamento. Cuando para narrar la vida de la poetisa y hacer la crítica de sus actos se ha desatendido á sus contemporáneos, hombres de genio á los que hay que rendir valiosísimo tributo; cuando nada han importado las justas alabanzas que ellos mismos hicieron en su honor, se ha recurrido á los que buenos, sólo en el género en que tanto se distinguían, no procuraban otra cosa que hacer reír, sin pararse á considerar quién era la persona á quien hacían objeto de sus sangrientas sátiras y dando poca importancia á la verdad, estamos obligados, una vez que esto se reconozca, á retroceder en el tiempo buscando elementos para hacer comprobaciones exactas, y más que á nada á separarnos de la senda que han seguido los que nos precedieron, y por la que han sido llevados á conclusiones que, cuando no resultan anacronismos, representan falta de conocimientos para distinguir los hechos y hacer que encuadre cada uno en el lugar que le corresponde legítimamente.

Anacreonte, Hiponax, Alceo, Arquíloco y Faón, hé aquí los nombres de los séres afortunados que se dan por amantes á la que mereció en su tiempo y merece hoy ser elevada al cerúleo trono de las musas, y esta afirmación no ha sido hecha ni siquiera apoyándose en causas que cuando menos obligaran á pensar que tal vez tuvieran razón de ser. Para probar lo contrario se pueden presentar argumentos de gran fuerza: en los fragmentos de la poetisa que han llegado hasta nosotros, no está consignado ni una vez sola cualquiera de estos nombres, ni tampoco hay noticias de que lo estuviera en ninguna de las composiciones perdidas. Ellos, poetas también en su mayor número, no hubieran dejado de hacer entrever en sus poesías qué clase de relaciones habían mantenido con la dulce lesbiana. Además, por la determinación que hemos hecho de la época en que vivió Safo, se ha visto que era bastante menor que Alceo, el respeto con que éste la trata en una de sus composiciones (1) y el reproche que ella le dirige al contestarle en un epígrama (2). Anacreonte nació en Teos, ciudad de Jonia, el año 560 antes de J. C., siendo mucho menor, por lo tanto, que la ilustre hija de Lesbos, que tendría sesenta años cuando na-

(1) Alceo, fr. conservado por Aristóteles, *Retórica*, I, 9, inserto en la *Anthologia lyrica* de Bergk, núm. 54.

(2) Safo, fr. conservado por Aristóteles, lug. cit., ed. Neue, núm 61.

ció el cantor del vino y los placeres; ignoramos si Anacreonte y Safo se encontrarían alguna vez, pero si así hubiera sucedido y el poeta de Teos, llevado de los encantos de la poesía de aquella por quién ha sido inmortalizado el Salto de Leucades le hubiera manifestado algún sentimiento amoroso, es posible suponer, que fueran dirigidos á él los versos en que recomienda á un jóven, que busque mujer de menos edad en quién depositar la ternura que revela (1); á más de esto, que creemos bastante para probar la falta de fundamento de la opinión citada, Ateneo, después de trascribir los versos que, según Camaleón (2), se cruzaron entre Anacreonte y Safo, dice: *Sapphus id carmen non esse neminem latet. Ego vero Hermesianacten per lusum Anacreontis amore id scripsisse arbitror;* como continuación de este pasaje añade: *Etenim Diphilus comicus in fabula Sappho amatores eius inducit Archilochum et Hipponacten* (3); ser la aseveración del citado cómico es ya razón bastante para que se deseche; además, hay un argumento de mayor fuerza, cual es que Arquíloco, según ya hemos dicho, nace el año 700 antes de J. C., por lo que había de tener ciento ó más años al nacer Safo: Hiponax florece el 540 de la misma era, por lo cual sería cincuenta y seis años menor que la que se le da por amante; en todo esto, volvemos á repetirlo, no se ve más que el deseo de desprestigiarla como hacen con otras eminencias (4).

Desechados estos nombres, sacados á relucir más que para nada para hallar materia á cuentos y fingidas historias, quédanos el más conocido, el de aquel que ha dado lugar á que se hable más de la poetisa. Llegar á prescindir de Faón, sería quitar al mayor número el conocimiento que tienen de Safo, pues vulgarizados

(1) Safo, fr. conservado por Stobeo, *Florilegio*, t. LXXI, 4, ed. Neue, núm. 20.

(2) Camaleón, (Chamaleon Heracleota) había escrito, entre sus varias obras, perdidas ya, un libro acerca de Safo.

Véase la notable disertación de Ernesto Koepke. *De Chamaleontis Heraeleotae vita librorumque reliqiis disputavit, quaestionem de ratione, quam in enarrandis poetis secutus esset peripateticus, habuit*, Berlín, 1856.

(3) Ateneo, XIII; ed. cit., p. 599.

(4) Además de las citadas se sabe que los autores de la Comedia media hicieron asunto principal de muchas de sus obras el satirizar á varios ilustres poetas de la antigüedad. Acerca de esto escribió un tratado Antioco Alejandrino, de cuya obra nos ha conservado memoria Ateneo, XV, 482, *De poetis qui in Media Comoedia perstringuntur*.

muchos puntos de la literatura griega por tragedias y novelas, ambos nombres se han hecho tan correlativos, como son: los Romeo y Julieta ó Inés y Marsilla, Paolo y Francesca ó Leonor y Manrique. Hoy no tanto, pero al comenzar nuestro siglo, hubiera valido más considerar como un mito á la hija de Escamandrónimo, que negar sus amores con aquel ingrato á quién las bellas debían mirar con horror, dado que fué causa de que, la enamorada lesbiana, buscara la muerte en las rugientes olas que con saña baten sin cesar el promontorio de Leucades. Conocido este detalle, que muy bién pudo ser inventado para justificar el apasionamiento de la poetisa, se prestaba también admirablemente para completar una biografía tan defectuosa, y esto es lo que, según nos parece, ha dado lugar á que se le consagre. Si lo hubieran estudiado mejor, deseosos de aclarar los hechos, tal vez dejaran de recurrir á lo que ninguna falta hacía; sin objeto que la despierte cabe la pasión más grande, y no somos nosotros los que hacemos tal afirmación, sino que está bien expresa en el *Nondum amabam, et amare amabam*, de San Agustin (1).

Ignoramos quién fué el primero que le asignó por amante al bello Faón, ni en qué motivos pudo fundarse para hacerlo: tal nombre no aparece citado ni una sola vez en los hermosos versos que nos quedan de la hija de Lesbos, y no es poca nuestra suerte cuando para contestar á las objecciones que se nos pudieran hacer manifestando que tal vez lo fuera en alguna de las composiciones perdidas, podemos decir que han llegado hasta nosotros composiciones y fragmentos en los que se advierte un ardimiento erótico tan grande que mayor no puede ser. Admitiríamos desde luego que debió existir un sér, de quién prendada la poetisa, la llevó al canto sublime que aún extasía, si desconociéramos que el amor es una pasión cuyos gérmenes, radicando en nosotros, se manifiesta tarde ó temprano, vive, late y nos colma de gozo ó nos sume en honda pena, muchas veces sin que sea real la existencia del sér que arranca nuestros suspiros ó causa nuestros desvelos. Hay en la historia mujeres de cuya castidad nadie duda, y que de ella forman su mayor título de gloria, y sin embargo, juzgadas por sus producciones, acreditan un amor de esos que enloquecen; mujeres que, tristes un día, suspiran, y lánguidas otro, lloran porque el amor las aguijonea, sin que sepan, al sentirlo, á quién harán poseedores de

(1) San Agustin, *Confesiones*, l. III, c. I.

aquel tesoro de ternura, como ignora la abeja impelida por el viento dónde irá á dejar la miel que libó en el cáliz de la flor brillante. El misticismo no es propio ni de una religión, ni de un pueblo, ni de una época; es condición de las almas, y pocas serán las que por una ú otra causa no se hayan sentido inclinadas á él. Desde el que pone su amor en una estrella, hasta el que lo difunde en todo, hay misticismo, y de la misma manera que se ha supuesto en la inefable dicha del cielo, cabe sentirlo en las brillantes imágenes del Olimpo, razón porque muchos historiadores de la literatura griega y muchos eminentes críticos afirman que la existencia de Faón no es real, y la relegan á la categoría de mito, de la misma manera que tiene que serlo el amor de la argentada luna, que en el silencio de la noche visita á su amado Endimión en la fresca gruta del monte Latmo (1).

Todo lo que se encuentra en Grecia referente á Faón, puede formar parte de la colección de tradiciones mítica que bordan aquella riquísima literatura ;pero con un carácter tal de fábula, que desde luégo podemos afirmar que sólo existió en las imaginaciones de los poetas. Con respecto al proverbial amante de la ilustre poetisa, hallamos dos versiones, míticas ambas, á las que no presta apoyo ningún fundamento histórico. Faetón, hijo de Titón ó de Céfalo y de la Aurora ó de Hémera (el día), fué arrebatado por Vénus que le confió la guarda de su templo: esto constituye un incidente de la historia de Adonis, á quién según muchos antiguos escoliastas, cantó Safo en alguna de sus composiciones (2). Faón es ó puede ser contracción de Faetón, y si la poetisa dejándose

(1) La tradición á que aquí nos referimos es la Caria, según la cual Endimión (el que se desliza) R. ενδύομαι, era pastor ó cazador y habitaba en el monte de Latmo (monte del olvido) donde la Luna gozó de él mientras dormía profundamente. Los poetas y los autores no están conformes acerca de la causa de su eterno sueño: según Apollodoro, *Bibliotheca*, l. I., c. 7-5, ed. Holtze, Leipzig, 1877, p. 15, Júpiter le concedió que pidiera una gracia, y Endimión pidió la inmortalidad, una juventud eterna y poder dormir cuanto quisiera. Según Teócrito, *Id.* III, v. 50 y siguientes. Júpiter lo amaba tanto por su justicia y su probidad, que lo admitió en el cielo; pero habiéndose enamorado de Juno, fué condenado á un eterno sueño en el monte de Latmo. Según Cicerón, *De finibus bonorum et malorum*, l. V, c. 20, edición Holtze, t. VIII, p. 285, la Luna se enamoró perdidamente de Endimión, y para mejor besarlo le inspiró un profundo sueño.

(2) Esto se deduce también claramente del epígrama de Dioscórides, *Anthologia Graeca*, ed. Holtze, t. I, p. 313, ep. 407, en el que entre otros términos, le

llevar de sus exaltados sentimientos, cantó con el ardor de su alma la belleza y gracia del hijo de la Aurora, bastante hubiera sido para que como mortal lo hicieran su amante. Muy bien pudiera suceder que no cantara al que tan profundamente enamoró á Afrodita, sinó que al dirigirse á él fuera su objeto ensalzar al fuego que tan señalado lugar ocupa en las antiguas mitologías. El primitivo pueblo ário, latente en las civilizaciones remotas y del que tanto nos queda en el lenguaje, adoraba al fuego, primero como elemento bienhechor, despues con un carácter más elevado, como el fuego del sacrificio. El Agnis védico (de la raíz de movimiento AG.) es el Faetón ó Faón griego (de φάω brillar) y uno y otro han sido cantados por los poetas. Extraño y raro caso: la composición más ardiente que nos queda de la poetisa que estudiamos, aquella que ha dado lugar á tanta controversia, y de la que muchos han echado mano para desprestigiarla, nos sirve admirablemente para probar la opinión que sostenemos. Desde luégo, y con objeto de reponer los hechos, hay que protestar del epígrafe que algunos autores han puesto á la incompleta composición que en todas las colecciones ocupa el segundo lugar. Longino que es quién la ha conservado (1), no le pone ninguno, y sin embargo, la vemos inserta con los de πρός γυναῖκα ἐρώμενην (2) y εἰς ἐρώμενην (3) cosa que, desde luégo, debemos considerar como no puesta. La comparación del primer verso, «Me parece igual á los dioses,» pudiera hacer creer que se dirigía á un mortal, dado que, tratándose de éstos, era muy común emplearla en la antigüedad griega (4); más hay que tener presente que Faeton, el hijo de

dice: «Sea que con Afrodita llores al hijo joven de Cinira.» Este, sacerdote de Venus y restaurador de su templo en Pafos, fué padre de Adonis.

(1) LONGINO, *De Sublime*, s. x, ed. WEISKE, Leipzig, 1809, p. 40.

(2) MOEBIO, *Anacreontis quae feruntur carmina Sapphus et Erinnae fragmenta*, Gotta, 1826, p. 108. VOLGER, *Sappus Lesbiae carmina et fragmenta*, Leipzig, 1810, p. 17. WEISSE, *Anacreontis carmina cum Sapphus aliorumque reliquiis*, edición Holtze, Leipzig, 1878, p. 52.

(3) BOISSONADE, *Lyrici graeci*, Lefevre, 1825, p. 56.

(4) EURÍPIDES en *Electra*, dirigiéndose la protagonista al trabajador de Micenas, le dice: «Un amigo como tu es para mí un dios.» Ed. Tauchnitz, t. IV, página 124, v. 67. SÓFOCLES en *Electra*, invocando á Niobe, dice: «¡Oh Niobe, la más desgraciada de las mujeres, te tengo por una diosa!» Ed. Holtze, t. I, p. 96, v. 150. Además hay un epigrama de RUFINO (524 de J. G.), *Anthologia*, ed. Holtze, t. I, página 78, ep. 94, que termina diciendo: «¡Feliz quien te ve! ¡Muy feliz quien te oye! ¡Semidios quien te da un beso! ¡Dios el que de tí lo recibe!

Helios, no era un dios, y en cuanto á lo demás, una que podemos llamar feliz coincidencia nos hace perseverar en nuestra afirmación. En el *Rig-Veda* existe un himno dedicado á Agnis (el fuego), que dice:

«Su esencia activa se encuentra en todos los séres animados: cuando pienso que ese sér luminoso se encuentra en mi corazón, los oidos me zumban, mi vista se turba, mi ánimo se extravía en su incertidumbre. ¿Qué debo decir? ¿Qué debo hacer? (1).»

Este final del poeta védico que subrayamos, vale tanto como el de la composición de Safo á que nos estamos refiriendo (2). Sin embargo, nadie ha podido suponer que aquel tuviera amores legítimos ó ilegítimos, y nosotros admitiendo la originalidad, por lo difícil que sería probar que Safo conocía el himno mencionado, creemos que ambos cantaban al sol, llamándole aquel Agnis y ésta Faón. Esta opinión, más admisible que la que tratamos de combatir, tiene no obstante el inconveniente de la contracción á que necesariamente hay que recurrir, lo cual pudiera ser causa de que se la creyera violenta ó falsa, pues no podemos citar, sin que afirmemos deje de haberla, una autoridad que la ponga á cubierto. No sucede lo mismo con otra que podemos exponer, que tiene todos los elementos para que afirmemos es el Faón de Safo el que en ella existe; tampoco le falta nada para que pueda afirmarse que es también una bella tradición, un poético mito, el cual, si no debe su nacimiento á la mala fé, lo debe al ménos al deseo de elevar á Safo. Según esta segunda fábula, Faón era un batelero de la isla de Chío que condujo á Vénus desde la orilla al continente (3), sin quererle cobrar nada por el pasaje: este detalle cautivó á la caprichosa deidad, nacida entre la blanca espuma de las olas, hasta el punto de que se enamoró del complaciente barquero. Faón era viejo ya, y Vénus, gracias á su poder, le devolvió la juventud que el tiempo le había arrebatado. El cómico Cratino, en una pieza perdida, pero cuyo testimonio nos ha conservado Ateneo (4), decía que á Faón

(1) *Rig-Veda*, traducción de LANGLOIS, t. II, p. 401, eslk. 5 y 6.

(2) ..... ut enim te vidi vox haeret, fragta es lingua, tenuis ignis cutim subiit, oculis nihil cerno, tinniunt aures, manat sudor frigidus, tota contremisco, herba pallidior sum, et examinis propemodum morior.....

(3) LUCIANO, *Inferorum dialogi*, IX, ed. Holtze, t. III, p. 174.

(4) ATENEO, l. II, ed. cit., p. 69.

lo ocultó Vénus debajo de las lechugas, y Eliano (1), conforme con el cómico citado, añade que, merced á un unto mágico que le entregó la diosa, adquirió tan rara belleza que todas las mujeres se enamoraban de él (2); y entre las más señaladas se cuenta Safo (3), en la que también determinó poder una planta que menciona Plinio (4). Más tarde, según la tradición, el favorecido por las bellas, cansado de un amor que podía renovar á su capricho, la abandonó, causando á Safo una desesperación tan grande que la llevó á la muerte. No quisieron dejar sin castigo los mitólogos al rejuvenecido barquero, y refieren que habiéndolo sorprendido Vénus en adulterio, le dió muerte.

He aquí lo que de Faón se afirma; he aquí la historia en que se funda el amor de Safo por él. Claramente se comprende que en la narracion que dejamos expuesta se ha involucrado á nuestra poetisa, quién sabe si por que en alguna de sus composiciones cantó con su natural exaltación al que desinteresadamente sirviera á la diosa, pues por lo demás nos vemos obligados á dar como fabulosa la historia del afortunado batelero que tan bien librado salió, para ser luego víctima del favor que había recibido. La circunstancia de haber llegado á ser un hombre de quién todas las mujeres se enamoraban y de haberlo sorprendido Vénus en brazos de otra, induce á creer que tal vez en esta se viera á Safo como rival de la misma diosa; pero de todos modos creemos se comprenderá lo inadmisible de sus amores con los mortales indicados por las cuestiones de lugar y tiempo, así como tampoco con Faón, de cuya existencia real hay más de un motivo para dudar según acabamos de ver.

No solo vicios fueron los que le imputaron; creyeron, sin duda que sobre Safo debían hacer caer la general execración, y buscaron defectos que dieran lugar á que á más de repulsiva apareciera antipática: á este fin, no solo le negaron las condiciones de que hemos hablado, sino que también la belleza, la hermosura con que se concibe á la hija de Lesbos. La belleza de la calumniada mujer

(1) Eliano, l. xii, c. 18, ed. Tauchnitz, p. 167.
(2) Ateneo, l. xiii, ed. cit., p. 596.
(3) Eliano, lug cit.
(4) Plinio, *Naturalis historiae*, l. xxi, 9, ed. Holtze, t. iii, p. 395.

está atestiguada en Alceo (1), su compatriota y contemporáneo, con las frases que le dirige; en varios epígramas de la Antología (2) y en otras muchas autoridades (3), que consideramos como testimonios más dignos de fé y respeto, que los de aquellos autores que escribían bajo la inmediata acción de lo dicho por los cómicos griegos. Muchas veces, pensando en el extraño fenómeno que constituye la injusticia con que trataban á la poetisa, hemos llegado á creer que lo hicieran así por efectos de antipatía entre razas, ó al menos por contraste de educación, pues de otra manera no se concibe tanto ensañamiento sin base ó razón en que fundarlo. Se advierte desde luego, que las principales censuras parten

(1) Alceo, ed. y fr. cit.
(2) *Anthologia Graeca ad palatini codicis fidem edita*, ed. Holtze, Leipzig, 1872. *El epigrama*, de Platón, t. ii, p. 193, 506 de los descritivos, en que declara que es un error afirmar que las musas son nueve, pues vive Safo, de Lesbos, que hace diez. El de Tulio Laurrea, liberto de Cicerón, que florece el año 62 antes de J. C., t. i, p. 228, 17 de los funerarios, bellísimo pensamiento que termina diciendo que en todas las edades y bajo todos los soles se hablará de la lírica Safo. El de Demócaris, que vive el año 56 de J. C., t. iii, p. 304, ep. 310 de la *Anthologia Planudea*, en el que dice: «En sus ojos brilla la luz, lo cual prueba la viveza de su imaginación, y en su rostro, donde se unen la alegría y la reflexión, se ve que ha sabido unir los trabajos de las musas con los placeres de Citerea.» El de Dioscórides (200 de J. C.), t. i, p. 313, ep. 407 de los funerarios, curioso además por enumerar algunos de los géneros que cultivó Safo, dice: «Encantador consuelo de los que aman, Safo, ya la *Piéride* ó el *Helicón* te honren con sus yedras lo mismo que á las musas, porque cantas como ellas, musa de la eolia Ereso; sea que Himeneo con su brillante antorcha esté contigo al lado del tálamo, sea que con Afrodita llores al hijo jóven de Cinira, rendimos culto á las obras inmortales hijas de tu genio.» Los de Antipater de Sidón (256 de J. C.) tomo i, p. 228, ep. 14 y 15 de los funerarios: en el primero saluda á la Eolia que contiene (enterradas) á Safo que cantó con las musas inmortales y á la que educaron juntos Cipris y el Amor; en el segundo, le hace decir que en poesía ha aventajado á todas las mujeres, como Homero á todos los hombres. El de Pinto, (300 de J. C.), t. i, p. 228, ep. 16 de los funerarios, que afirma que aunque la inscripción está mutilada sobre la losa de la tumba, su nombre será inmortal.
(3) Platón, *Jedro*, ed. Schneider-Hirschig, t. i, p. 704, Paris, 1873. Aristóteles, *Rethorica*, ii, 23, ed. Dubner, p. 84. Demetrio de Falerea, *De Elocucione*, cxxxii, ed. Schneider, Altemburgo, 1779. Strabón, xii, c. ii, Lesbus, ed. Holtze, tomo iii, p. 173. Horacio, *Carminum*, l. ii, 13, v. 25-26, y l. iv, 9, v. 10-12. Plutarco, *Amator*. xii, ed. Dubner, t. iv, p. 932. Apuleio, *Apologia pars.*, i, Galeno, Ppotreptico, c. 5, ed. Köhler, Leipzig, 1778. Máximo de Tiro, *Disertationes*, xxiv, ed. Dubner, p. 100, Ausonio. ep. xxxii.

de los atenienses en obras cuyo fin, según ellos, era moralizar las costumbres, y poco morales les habían de parecer aquellas que otorgaban á las mujeres franquicias y derechos muy superiores á los que según sus ideas merecían; si observamos que de igual manera pensaban los romanos, por depravadas que fueran sus costumbres, hallaremos la única razón para las inculpaciones que le hacen los cómicos atenienses, y para los equívocos juicios de Plauto, Horacio, Ovidio y Marcial (1), que sin reserva aceptan los amores de Safo con el favorito de Vénus, y los demás vicios que se le han imputado. Citados estos testimonios, justo será pasar al exámen de ellos. En el orden del tiempo, Plauto es el primero que admite la calumnia propalada por los cómicos griegos; pero se hace preciso no olvidar que éstos, á más de ser los maestros, son los modelos á que fielmente se atiene el autor de la *Aulularia* y del *Miles Gloriosus*. Desde el aparecimiento del teatro en Roma, corre parejas con el de Atenas en la época de la Comedia media, y es que el pueblo-rey más engreido, más soberbio con su grandeza puede tolerar un Difilo, pero no sufrirá jamás un Aristófanes. Nevio, el antiguo Nevio, el poeta dramático hijo del pueblo, que podemos decir, imitó en sus obras á los griegos (2), mezclando los de la comedia antigua con los de la nueva, según el mismo Te-

(1) PLAUTO, *Miles Gloriosus*, ac. IV, sc. 6.ª, v. 31-32, ed. Holtze, t. III.

Nam núlli mortalí scio obtigisse hoc, nisi duóbus
tibi ét Phaoni lésbio, tam mísere ut amarantur.

HORACIO, *Epistolarum*, l. I, 19, *ad Maecenatem*, v. 28 y 29.

Temperat Archilochi Musam pede *mascula* Sappho
Temperat Alcaeus, sed rebus et ordine dispar.

OVIDIO, *Heroidas*, ep. XV, v. 17-19.

Vilis Anactorie, vilis mihi candida Cydno:
Non oculis grata est Atthis, ut ante, meis,
Atque aliae centum, quas non sine crimine amavi

MARCIAL, l. X, 35, de Sulpitia.

Hac condiscipula vel hac magistra
esses doctior et pudica, Sappho.
Sed tecum pariter simulque visam
durus Sulpiciam Phaon amaret.

(2) AULO GELIO, *Not. At.*, III, 3. Sicuti de Naevio quoque accepimus, fabulas eum in carcere duas scripsisse, *Hariolum* et *Leontem*, quum ob assiduam maledicentiam et probra in principes civitatis de Graecorum poetarum more dicta, in vincula Romae a triumviris conjectus esset.

rencio nos declara (1), pero cuando queriendo imitar al cómico inmortal, que de las ranas hizo fieras y de las nubes rayos y aspídes de las avispas, atacó á Scipión y á los Metellos (2), le valió tan grande audacia ser reducido á prisión por los triunviros, y no sale de ella sino gracias á un rasgo satírico de Plauto, que algunos han interpretado mal (3): al verse libre, no pudo disponer del favor que le otorgaron, sino que se vió obligado á salir de Roma é ir á morir á lejanas tierras. El que en el catálogo de Volcatio Sedigito (4), ocupa el segundo lugar, no quiso seguir las huellas del que según el mismo autor merece el tercero, y separándose de la censura de los actos de la vida pública, dejó tranquilos á los nobles y á los poderosos, haciendo blanco de sus censuras los vicios de la vida privada, cuando no adaptó á la escena romana asuntos que anteriormente se habían presentado en la griega (5). Esto basta para explicar la alusión que hemos citado, así como también para determinar por dónde llegó al conocimiento necesario para hacerla.

Hasta nosotros no han llegado ciertamente muchas de las obras

(1) TERENTIO, *Andria*, pról. v, 15 y 16. *Heautentimorumenos* pról. v. 20 y 21.

(2) En una de sus comedias NEVIO negó el acto de generosa continencia que se refería, alabándolo, de Scipión el Africano cuando se apoderó de Cartagena, y además hizo públicas sus malas costumbres en los versos que nos ha conservado AULO GELIO, *Not. At.* VI, 8.

Etiam qui res magna manu saepe gessit gloriose,
Cuius facta viva nunc vigent qui apud gentes solus
Praestat eum suus pater cum pallio uno ab amica abduxit.

En cuanto á los *Metelos*, la sátira fué más picante en el conocido verso

Fato Metelli Romae fiunt consules.

(3) PLAUTO, *Miles Gloriosus*, ac. II, sc. 2.ª, v. 56.

(4) *Volcatio Sedigito*, frag. conservado por AULO GELIO, *Not. At.*, XV, 24.

(5) Todos los autores están conformes, y entre ellos TEUFFEL (*Historia de la literatura romana*, 143) en que Plauto carecía por completo de originalidad, y como buena prueba de ello puede aducirse que casi todas sus obras son trasuntos de las del teatro griego; así, por ejemplo, es seguro que la comedia *Bacchides*, del autor latino, es la que MENANDRO tituló *Los engaños;* la *Mostelaria* tiene su original en *Los espectros*, de FILEMÓN; el *Miles Gloriosus*, que tantos han copiado creyendo imitar á PLAUTO, es un compuesto del *Adulator*, de MENANDRO y del *Murorum expugnator*, de DIFILO; *Mercator* es el *Euporo*, de FILEMÓN; *Poenulus*, el *Carthaginensy*, de MENANDRO; *Stichus*, el *Philadelph*, del mismo. Además TERENCIO en el *Ennuco*, pról. v, 19 y 20, afirma que piezas enteras de MENANDRO habían sido presentadas por NEVIO y PLAUTO.

en que se trataba de Safo y de Faón, obras en su mayor número conocidas seguramente de los autores latinos. Suponiendo que estas fueran solo las de los cómicos atenienses, hay motivos sobrados para explicarse los adjetivos con que saluda á la poetisa, el que tanto envidiaba la falta de quehaceres y cuidados. Horacio, en una de sus epístolas, dice (1):

Temperat Archilochi musam pede *mascula* Sappho
Temperat Alcaeus, sed rebus et ordine dispar.

Este *mascula* que también se permitió copiar Ausonio (2), lo han querido explicar algunos autores, defendiendo á la poetisa, por *viril*, á causa del valor que demostró arrojándose desde el promontorio; pero esta interpretación es en extremo forzada, cuando para expresar semejante idea sobran términos en la lengua latina, y hay autor á cuya frase puede darse tal sentido (3). Horacio, al emplear el calificativo *mascula* quiso decir únicamente *tribas* (4), palabra á la que remite la primera el *Thesaurus eroticus* y de la que dice: *Nota est miserrima haec libido foeminam adscendit:*

(1) *Ad. Maecenatem*, XIX, v. 28 y 29.
(2) AUSONIO, *Cupidus cruxi affixus*, v. 24 y sig.
(3) STATIO, *Silvas*, v, 3, v. 155.
(4) La equivalencia directa del latín *mascula* es, según todos los lexicografos, el griego τριβάς de τρίβω frotar. En el artículo correspondiente á esta palabra del *Thesaurus graece linguae* de ESTIENNE, hallamos la siguiente adición: «Dicitur tribadium illa insania et nefaria; cuius inventrix fuisse creditur Philaenis, et ob eandem male audisse narratur lasciva Sappho.» A PHILAENIS DE LEUCADES la presenta LUCIANO en varios tratados como tipo de lascivia y descaro. (*Pseud.* 24, ed. Holtze, tomo IV, p. 42. *Amores* (atribuido á Luciano), 28, ed. cit., t. II, p. 551. *Dial. mer.* VI, 1, ed. cit., IV, p. 121). Hubo en la antigüedad quien le atribuyó un tratado cuyo título era *De Rebus venereis lascivum scriptum*. ATENEO, que habla de ella en distintos pasajes (ls. V, VIII y X, ed. cit., p. 220, 335 y 457), abundando en las mismas ideas, duda que dicho tratado sea obra de tan impúdica cortesana, y á este propósito cita un epigrama de ESCRIÓN DE SAMOS inserto en la *Antologia*, ed. cit., tomo I, p. 228, ep. 345 de los funerarios, en el que el poeta, haciendo hablar á Filenis, dice en los cinco últimos versos: «Júpiter sea testigo y sean testigos las dos deidades del infierno, de que no fuí ni mujer lujuriosa ni meretriz impúdica. Polícrates, hijo de Atenas, orador perverso y lengua malvada, es el que ha escrito lo que ha escrito.» Con efecto, este POLÍCRATES, orador ateniense que escribió un discurso contra Sócrates y al que Ateneo califica de *astutus blaterò et lingua maligna*, escribió un libro obsceno *De re venerea*, perdido ya. Los fragmentos de sus oraciones, que han llegado hasta nosotros, están insertos en los ORATORES ATTICI, edición *Baister y Sauppe*, fas. VIII.

por otra parte, en el mismo autor hallamos buen ejemplo del sentido obsceno de la palabra indicada (1), de todo lo cual resultaría que el favorito de Mecenas, había igualado á Safo con la hechicera napolitana Folia de Arimino, á la que califica de la misma manera. Determinado el verdadero sentido de la palabra, creemos que no cabe dudar de la fuente de conocimiento que tuvo Horacio, y que remontándonos á su orígen la hallaríamos en los que propalaron la especie de que sostenía trato ilícito con las de su sexo. Ellos mismos fueron también los que afirmaron que al propio tiempo vendía sus favores á los hombres, idea no olvidada tampoco por Horacio.

Sappho puellis de popularibus
et te sonantem plenus aureo.

dice el poeta de Venucia (2). Con razón el sabio profesor Comparetti, ha tratado duramente á Mure (3), pues no merece más, el que por verla llamada *puella* la afirmó soltera: esta palabra en la literatura latina, nunca se presenta con dicha significación, sino que en sentido genérico equivale únicamente á mujer de pocos años (4): podría decirse que lo uno implica lo otro; pero en este caso sucede lo contrario, pues cuando el sentido no está perfectamente limitado á indicar una mujer que no es vieja, *puella* signi-

(1) HORACIO, *Ep.* V, 41.
Non defuisse masculae libidinis
Ariminensem Folia.
(2) HORACIO, *Car.*, II, 13, v. 25 y 26.
(3) COMPARETTI, *Sulla epistola ovidiana di Saffo a Faone*, Florencia, 1876, p. 31. «Il Mure (III, 278), non esita ad insinuare che Saffo non fu maritata e la figlia l' ebbe non si sa da chi; Orazio, egli dice, la chiama *puella*. Quando un uomo spinge la disinvoltura fino a non sapere qual estensione di significato ha *puella* presso i poeti latini, mi pare inutile occuparsi di quel ch' ei scrive.» Además el mismo autor refiriéndose también á la cuestión, en su trabajo *Saffo e Faone dinanzi alla critica historica*, publicado en la *Nuova Antologia*, Florencia, Febraio, 1876, p. 282, dice: «Ma il colonnello Mure nella sua *Storia della Letteratura greca*, se n'esce piu facilmente; egli fa di Saffo senz' altro una donnacia e neppure crede che fosse maritata, e quanto a la figlia, che certamente ebbe con un *á plomb* tutto militare insinua che Dio sa da chi l' ebbe! Veramente io non ho mai capito come mai il colonnello abbia voluto scrivere una storia della letteratura greca; mi pare, che meglio assai avrebbe impiegato il suo tempo procurando di farsi nominare generale.»
(4) JUVENAL, II, 58 y sig.
Paulatimque anima caluerunt mollia saxa
Et maribus nudas ostendit Pyrrha puellas.